

X RICARDO DESCALZI

X ¡MIEDO!

R E L A T O



Ahora pues, maldito seas tú de la tierra, que abrió su boca para recibir la sangre de tu hermano de tu mano.

Génesis IV — II

A Galo René Pérez, con mi estimación cordial.

—¡Yo le maté!

¿Cómo fue posible? Lo ignoro. Aún grita mi sangre. Aún lacera mi recuerdo su mirada de asombro, como un fantasma de ojos dilatados, prendido en mis retinas.

—¡Yo le maté! Yo.

Es verdad. Fue posible. ¡Dios! Yo creía en Tí, creo en Tí. Pudo tu Poder paralizar el impulso de mi corazón y mi mano, mi simple dedo, mi voluntad, harapo de la pasión, para no hacerlo. Pero lo hice, lo se. ¿En qué momento de transgresión humana? Tal vez en ese instante amorfo, cuando la voz de los siglos, golpea con su ancestro el instinto dormido.

En verdad el odio no tenía cómputo. Me atenazaba el furor encrespado y una mancha de bestia celosa cubría mi alma. Nada de ideas, ni una brizna de razón en la conciencia, sorda la carne en el clamor brutal que la envolvía y el corazón helado, en monolito.

Si. Fui yo, esto: un hombre. Algo hecho de barro y pasiones, de tortura y miserias.

Había sol, lo sentía, y aire y viento y murmullos y cielo y tierra. Había una vida, yo, mil vidas, ellos, los otros, bloques de vida reventados en pasiones, como piedras enrojecidas, lava en espuma, mar en resaca, sombra sepulcral y abismos.

No éramos hombres. ¡Perdón Dios! No, no podíamos serlo. Llegamos con el alarido de las fieras en nuestras gargantas y el zarpazo del plomo en las manos. Matábamos y nos mataban. Corrían filudas las voces de exterminio, y había algo más, como una mole, como la noche cerrada, como tu presencia ¡Señor! en el Sacramento: el miedo a morir.

—¡Yo le maté!

Es verdad, es verdad este aullido mío sin sosiego ni razón. Este grito despiadado de mi sangre, este dolor insufrible, tenaz como un mordisco incrustado en mis carnes.

Le miré frente a mí blandiendo su arma. Debí pensar: juega con ella. Pudo ser. Yo llevaba la mía con miedo, con terror a dispararla. Nos encontramos de golpe, con los ojos encendidos, sin memoria ni futuro. Pero él venía con los soldados, con nuestros enemigos.

¿Quién eres tú? ¿Acaso lo supe? Y ya no me importó su nombre, ni su contextura personal, ni su voz, ni su rostro, ni su sentido humano. Cayó a mis pies desplomado como un árbol, con los brazos al aire, crucificando su destino. Me hirió su mirada de atolondro, ¡oh su mirada de espanto!, dilatada en agonía, en una expresión árida, alarido sin eco, clavada en hierro en mis ojos, abismada pregunta de temor y reproche.

¿Por qué?

Ese fue el reclamo que me lanzaron sus ojos. ¿Por qué? ¿Lo sabía yo? Se abatió de bruces, toque áspero de su cuerpo en el pavimento, estallado su corazón en mil pedazos.

Permaneció tranquilo, intocado, muerto. Me detuve sin piedad ni rencor, fascinado de verle, confiado en la ansiosa esperanza de escucharle una leve queja, de mirarle levantarse por un instante, aunque rodase otra vez. Pero él continuó como las piedras, sin voz, sin lamentos, sin recuerdos.

—¡Dios! ¿Es que fué posible?

Nada gemía en mi sangre. El frío de su muerte me contagiaba. Era un túnel largo y sinuoso mi conciencia. Había un silencio de tinta negra, un color de noche en mi cerebro.

Miré a las cosas: allí, una sombra que era mi sombra, un vago matiz de sol, tonos verdes y grises, un quejido lejano, un poco de aire en ráfaga tenue. Lamía el vórtice de mi mente la realidad. Y de pronto, de golpe, como una bofetada, comprendí en un relámpago de fuego mi actitud.

¿Dónde estaba? Vivía, si, yo vivía. Escuché los gritos en oleadas, el vocerío de la turba rugiente, como fiera, llenando las calles. La muerte corría por todo lado en estilete frío, con su duro rebote de impacto. Ya no existía un principio, ni una fé, un sentido, la causa. Coros de sollozos disonaban en claro-oscuro, entre el tropel frenético de los aullidos violentos, y la marejada del odio, junto al golpe seco, como piedra caída, de los hombres desplomados sobre la tierra.

¿Quién me llamaba? ¿Es que escuchaba algún rumor? ¿Tal vez Tú Dios?

El revólver, sostenido como un fardo en mi mano inútil, lamiscaba aún su sabor a pólvora. Pasé del atolondro a la conciencia. Mordía la metralla en ráfagas el aire y un tono verdoso de antimonio nublaba mis ojos.

La revuelta en espirales lívidos ensartada de gritos y de ayes, enrojecía los adoquines. Los muertos cubrían la calle: despeñados bajo los árboles, doblegados sobre las calzadas, desparramados.

En medio de la violencia, junto al desboque de la muchedumbre, permanecí aún rígido, de pies, como una cruz plantada en una tumba, fijas mis pupilas en el cuerpo del hombre que acababa de abatir. No sentía temor, ni compasión, ni odio, ni vergüenza. Me seducía su inmovilidad, quieto en su sueño, indiferente a la lucha. ¿Quién era dueño en ese momento de una migaja de conmiseración humana?

Corría junto a los dos el rencor brutal desbordado. El olor pastoso a muerte secando las gargantas. La sedición continuaba sin tregua desgajando sus tonos de violencia en matices trágicos. Gritos, órdenes, ayes y blasfemias y, en medio, dominando el espectáculo, la voz mecánica de la fusilería y el redoble dentado de la metralla.

Las ráfagas chasponeaban a mi torno, rompiendo en astillas el pavimento, oradando los muros, horquillando mi vida.

—¡Dios! Tengo miedo.

Lo pensé apenas y solté el revólver de mi mano y me puse a temblar desesperado de angustia. Ericé la piel y cubierto el rostro gemí como un niño desvalido, en demanda de perdón, a tratar de lanzarme con las manos en alto, a pedir que cesara el estruendo, que cesara la matanza. Un hilillo cálido en función orgánica resbaló por mis muslos, empapando las botas.

¡Miedo! ¡Miedo!

Y empecé a decir ¡miedo!, sin mover los labios, temeroso de que alguien me escuchase. Ya no quise mirar, ni oír, cerré los ojos, apreté los codos contra mi cuerpo desfallecido y doblegué lentamente mis rodillas. Caí de hinojos ante el cadáver, y toqué su espalda, palpé su pelo, su nuca, húmedos aún de sudor, removí su pecho, quise despertarle de su sueño, es la verdad, sentirle mi amigo, pese a que venía de matarle. Le llamé en susurro, en confidencia, le dije:

—¡Hola! ¡hola amigo!

Y al comprender mi estúpida actitud, me ovillé como un conejillo a su amparo y busqué su refugio para ocultarme. ¡Tierra protégeme! No había tierra, había sí un hombre yerto, forma de la tierra. Desesperado empecé luego a llamar a Dios suavemente, como si estuviera a pocos pasos mirándome. A buscarle por un lado y otro, a sollozar al no verle, a pedirle que su Presencia se hiciese tangible a mis sentidos. Nada vino en mi ayuda, ni sentí sus manos protectoras, ni su apoyo y empecé a enloquecer como cervatillo acosado. El chasquido de las balas, con sus silbidos agudos, perforaba mis sienes, ensordecía mis oídos, me sumía en una sima de espectros.

Caían desgranados a mi lado los que habíamos hecho el primer contacto con los enemigos. Miraba a muchos escabullirse buscando protección bajo los árboles, en la caja de las aceras, por todo lado, pero en su loca fuga, algunos eran tocados y muertos. Un frenesí de espanto empezó a contagiarme. ¿Dónde podía esconderme para no ser blanco de mis adversarios? Si corría, el destino podía depararme una bala traidora y caería como ellos. ¡Cuántos

estaban ya tendidos en actitudes cómicas y trágicas! ¿Qué milagro especial se obraba conmigo? Pero no podía tentar por más tiempo a la suerte. Miré el cadáver junto a mi y sin más razón ni conciencia, levanté desesperado su cuerpo y me arrastré hacia él, suavemente, sigiloso, con temor de ser descubierto, hundiendo mi cabeza bajo su pecho, sobre el charco de su sangre que manaba del cráter rojo de su herida, y permanecí tembloroso, estrujado y yacente.

De bruces, mi corazón golpeaba como un puño, martillando la tierra. ¿Por qué no nací nube o viento, árbol o roca? ¿Por qué tuve hambre y conciencia de hambre? ¿Por qué pasiones y voluntad? ¿Por qué ¡Señor! sangre en vez de savia, células en vez de moléculas duras?

Podía hoy morir y no quería morir. ¿Quién existía para defenderme? Sólo Tú, Dios. Cobijada mi cabeza bajo ese corazón en pedazos, estallado como un grito, permanecí sudoroso, esperando... Aquello era algo tibio, suave como mi cuerpo. Temblaron mis manos y ráfagas de angustia lastimaron mi razón.

Corría por mis nervios el pavor de la muerte, en el cauce incontrolable de mi naturaleza humana, estructura animal de instintos medrosos. ¿No era acaso mejor el no vivir? Al menos no se sentiría angustia y el corazón descansaría de su espanto atropellado.

Comenzó a dolerme el rostro, por el peso del muerto que le oprimía contra las piedras. Tenía que moverlo, acomodarle un poco, reposar la parte dura de mi calavera en un hoyo del adoquín. ¿Pero cómo delatar mi presencia? Y sin embargo tuve que hacerlo, no podría resistir por mucho tiempo la lacerante arista, porque ese suplicio me hubiera hecho perder la serenidad. Empecé a deslizarme con lentitud, tan imperceptiblemente, que el cadáver apenas si temblaba. Lo hice con minuciosa prudencia, derrumbando la mejilla en el mínimo cuenco de piedra.

La voz fría de una bala cercana, frenó su estallido junto a mi cuerpo. Permanecí anhelante. Alguien me había descubierto. Abrí la boca para hacerme más inanimado y respirar tenuemente, resoplando en susurro a que el movimiento de mi espalda no delatara mi carne estremecida. Logré mi intento y permanecí inmóvil, como un cadáver más. ¡Miedo! ¡Un miedo incontrolable recorría mi sangre! ¡Dios! ¿Por qué no venía de golpe con sus pisadas de

plomo la muerte y acababa conmigo? Era preferible morir al suplicio de saber que me podían matar.

Luego vino aquello, esa cosa aterradora: esa sensación de espanto en gotas tenues, húmedas, pegajosas, tibias al principio, luego heladas, abundantes cada vez, que empezaron a golpear contra mi rostro en forma constante. Se deslizaban del pecho del muerto a mi mejilla, resbalando lentamente por ella, encauzándose en los surcos de mi rostro en marcha silenciosa. Pensé algo, quizá en nada, no lo recuerdo, y sentí ¡oh Dios!, su realidad aterradora. Aquello buscaba la comisura de mis labios, cosquillaba la piel y caía pausado, terrible y pausado sobre mi lengua reseca de pánico. Cerré los labios en un gesto de asco y desasosiego, pero fue más trágico aún, las ternillas se me habían cerrado y no podía respirar con libertad, me ahogaba. Volví a abrir la boca y sentí que iba llenándose de esa viscosa sustancia y saborié, ¡Dios mío!, sin desearlo, el gusto salobre de la sangre del muerto, que manaba de su corazón. No, no podía tragarla, se estremecía todo mi cuerpo ante este momento de sutil o basta venganza, deshumanizado de la realidad, pero patético e insufrible, y cerré los ojos crispando mis dedos en un intento subjetivo por detener a mis nervios exasperados. Apreté la glotis, comprimí los músculos de la garganta e hice un esfuerzo por respirar otra vez por la nariz. Resoplaba como un buey agitado, tembloroso de ser descubierto, impotente de liberarme de este martirio insufrible, mientras la sangre, en su marcha lenta, caía, caía más, cada vez más, llenando totalmente la boca, para luego regarse por la comisura opuesta de los labios, formando un chorrillo que restallaba en el hueco diminuto de una piedra. Yo percibía el chasquido de sus gotas, pese a su tono imperceptible, como un estruendo en medio de la revuelta. ¡Dios! ¡Qué tortura amarga! ¡Qué infierno de gusto acedo! Pensé que iba a desvanecerme. No, el miedo no me daba el derecho a un desmayo o la inconciencia. El miedo gritaba a mi lado para decirme: existo, haciéndose tangible en cada décima de instante, con su ciega presencia. Nada se movía en mi torno, en este mudo universo de mis pensamientos. Nada. Vivía aún, pero vivir no era un milagro. Vivir en esas circunstancias, era morir de tormento a cada instante.

Yo fui un cobarde. Más que cobarde: un guiñapo, ali-maña mísera espantada. Soporté ese suplicio más que el suplicio del miedo, y permanecí, dilatados los ojos, llena mi boca, conturbada mi alma hasta la desesperación.

Ví a la distancia caer un hombre. Dio un salto en el aire en vertiginosa voltereta y arrojando el fusil de sus manos, abrió los brazos al cielo y se abatió sobre la calle. ¿Quién era? ¿Acaso lo sabía? ¿Y qué importaba saberlo? Era un valiente, eso era, un valiente. Mantuvo sus manos férreas en su arma y golpeó un derecho con su fuego. Quizás no estaba muerto y si lo estaba ¿qué! Yo vivía aún, llena mi boca con la sangre de mi enemigo que comenzaba a coagularse, a impedirme respirar. Lentamente con ayuda de la lengua, empecé a mover esa masa gelatinosa y a empujarla con cautela. Rodó por el mentón como un bloque de hielo rojo y siguió su curso por los surcos ensangrentados de las piedras. Apreté los labios, cerré los ojos y sentí el alivio de una pena borrada.

Frente a mi, como una muralla, permanecía la mano del hombre que había muerto. Sus dedos apretados, tenían la piel de color terroso y eran como el paisaje, rígidos, en montaña. Sus poros, tendrían sudor y sus células, aún batallarían una a una en sus tejidos, en lucha sin esperanza de oxígeno. No estaba muerto de verdad como lo suponía. Roto su corazón, con su mente nublada, ahí, en la intimidad de su mundo microscópico, estarían gimiendo en su estertor, en último combate, sus minúsculos componentes biológicos.

Miraba fascinado la mano callosa de duro trabajo, plástica, detenida en espera como la cita eterna de la piedra inmóvil.

Permanecí nuevamente sin pensar, en actitud de tronco, en una penumbra azulosa, débil de entendimiento, tenue como el ensueño. Una soledad de segundos caía de bruces sobre mi alma. No había tiempo ni medida para su silencio. ¡Aterrador silencio! ¡Soledad infinita!, para luego despertar a la razón, al martilleo de la fusilería crecida con nuevo impulso.

—Buen Dios, Tú me hiciste de carne y de nervios, de emociones y miedo.

Una voz susurrante llegaba en oleadas, como si las hojas de los árboles conversaran.

—¡Hermano!

Lo pensé apenas. Hermano ¿a quién? ¿Tal vez al hombre que había asesinado?

—¡Hermano!

Y volví a pensarlo. Pero no tenía derecho. ¿No fue hasta hace un instante mi enemigo? Y yo le maté, como a una bestia repugnante, con odio, con rencor, sin remordimiento, cegado por la pasión, en una lucha de enojos y venganzas.

—¡Hermano!

Y otra vez el miedo volvió a atenazarme la garganta. ¿Y si aún vivía? ¿Si no estaba muerto? ¿Si se levantaba para delatarme? No. Estaba bien muerto. Aún tenía el sabor de su sangre en mi boca. Ya no era mi enemigo: era un tallo cortado tendido en la tierra, un recuerdo sin reseña, la misma tierra.

Empecé a serenarme, a escuchar su silencio apretado, a oír su relato. Cerré nuevamente mis ojos por ver si la obscuridad enmudecía mis pensamientos. Pero, ¡cómo acallarlos con la angustia palpitante, la muerte encima del rostro y el alarido de la batalla tenaz!

Temblaban mis manos y mis piernas y mi espíritu conturbado. ¡Duro era el terror! Desataba el cauce dormido de la sensibilidad volviéndole palpitante. Tenía que simular un cadáver y el trance de comediante de un drama en el cual no podía empeñarme, era difícil. Todo permanecía en vela: aún los recuerdos llegaban desnudos, sin estructura. Se presentaban atolondrados, fugaces, violentos, torturando este siglo de instantes.

¿Qué hora era? ¡Qué importaba! Había sol, lo veía por la cortina de mis ojos entreabiertos. Reflejaba su brillo en las ventanas cerradas al estruendo, doraba los muros blancos, se entretejía en las ramadas, pesaba su color.

—¡Hermano!

Y permanecí otra vez en escucha, por ver si contestaba. Nada se movió en él, ni su sangre ya espesada como una estalactita suspendida del corazón.

—¡Hermano!

¿Por qué esta insistencia en llamarle? No. No tenía miedo de él, tenía miedo de mi soledad y su presencia muerta me era un consuelo. Empezaron a girar en remolinos mis ideas. A tratar de disculparme, de solicitarle perdón,

de darle mis excusas mas sinceras. Yo sólo tenía la culpa de sentirle como un fardo, como el peso de la conciencia abarrotada de pecado. Vivía hacía un instante, hoy era nadie, un muerto sin cruz ni membrete. ¿Es que en verdad podía levantarse, ponerse en dos pies y decir: aquí hay un enemigo que se esconde, venid a matarle y vengadme? Temblé de espanto. Pero era yo un tonto. El era algo y no era nada: ni piedra, ni árbol, ni montaña, ni acero, ni voz, ni pensamiento, ni grito. Era un vacío. Era simplemente esto: un hombre muerto. ¿Qué miedo tener de un muerto? Ya no me escuchaba y mal hacía en buscar su comprensión a mis discupas, perdón a mi acto. Y sin embargo, sin él, yo estaría en igual momento: en el umbral de la eternidad, de ese borrón absoluto que se llama eternidad, sin recuerdo ni historia.

Dios debía estar junto a mí. ¿No había acaso un juicio divino en el momento en que la gente moría? Y debían morir muchos en esos instantes. ¿Sería verdad esto? Si, era verdad. Yo creía a pie juntillas porque me lo habían enseñado, Dios estaba presente junto a mí.

—¡Dios! ¡Dios!

Y volví a llamarle quedamente, casi con lágrimas. No podía estar sólo en el templo esperando la veneración de los fieles. Si, debía estar aquí a mi lado, en todas partes, flotando su Majestad, empeñado en el juicio eterno de las almas. Dios estaba presente. No podía, no debía dudarlo. Entonces, Dios miraba esta hecatombe, la matanza refinada en astucia y crueldad. ¿Por qué no movía un dedo y nos agobiaba con su Poder?

—¿Escuchas? Se matan Señor. Un milagro, un pequeño milagro, a que conmuevas a los hombres y les obligues a cumplir tu quinto mandamiento.

El miedo debía aturdirme haciéndome pensar tanta blasfemia. Si, eso era lo único que sentía: ¡miedo!

—¡Hermano!

¿Pero por qué me empeñaba tanto en hablarle? Nunca había conversado con las cosas, pese a que en las mañanas saludaba al sol y a los árboles. Yo decía a veces: buenos días árbol, buenos días nubes, buenos días pájaros del cielo. ¿Qué me impedía hablar con mi enemigo, cuando estaba tan cerca a mí, tan duro como una mole que no podía resistirla? Me escalofriaba su contacto, porque mis

mejillas y las sienes y mi cerebro estaban rígidos por su presencia. Debía hablarle, tenía que hablarle, para sentir mas su cálido amparo, pese a la insensibilidad de su cuerpo, hecho de músculos yertos, de sangre congelada, de bloques celulares sin latidos.

—¿Sabes? Me dieron un arma para matar. Yo la empuñé con temor, con esa sensación de un delito inminente, porque nunca había tenido algo similar en mis manos. Me la entregaron con sigilo, pero con tesón, poniendo en este gesto una orden que no podía rehuir. Traían los ojos acegados y la palabra fría. No, nunca tuve un revólver. Ni siquiera me lo regalaron de niño, cuando apetecía un juguete que jamás me entretuvo. ¿Tuviste juguetes en Navidad o los Santos Reyes? Yo no hermano, yo no supe de eso. Trabajé desde pequeño, cuando los niños aún no aprenden a hacerlo. Mi padre me zarandeaba con gritos y trompadas para obligarme. Venía con su tos y su olor a cantina, y cada vez golpeaba a mi madre, mientras yo, cansado del día, me arrimaba a la pared sin poder defenderla, porque era un niño y le tenía miedo. Lloraba ¿sabes?, sin gritos, pidiéndole a Dios desde el fondo de mi corazón, que defendiese a mi madre ensangrentada, que no la hiciese morir. Pero mi madre murió, y ¡cosa extraña!, pese a que la quería tanto, yo no lloré, me sentía feliz de verle muerta, quietecita como un lirio cortado, sin lágrimas en sus ojos, ni penas en sus labios, ni sangre en su rostro.

Un restallido de fuego pasó conturbando el aire y cercenó mis pensamientos. Tembló el cadáver ¿o fui yo tal vez que me había estremecido?

—¡Dios! Tengo que pensar en Tí. Es posible que me reclames dentro de poco y debo prepararme para llegar a tu Presencia. Si. Voy a rezar. Talvez es mejor rezar para cubrir de sosiego mi espíritu. Padre nuestros que estás en los cielos... ¡Hermano! Tú no tienes necesidad de rezar. Tú misión está cumplida. ¿Hay algo allá? ¿Estás tú en algún sitio? ¿Existes? Si supiese de verdad que subsiste aquello, no tuviera tanto miedo a morir. Me importaría poco ser o no ser y entraría a tus sombras, confiado y dichoso.

No debía pensar estas cosas. Temo a Dios. Una bala perdida al tocarme podría ser la justicia de Dios. Mi conciencia presentaba la estructura de un hueso roído por locas

disquisiciones. Si alguien me hubiese hablado para acallarla. Después de todo, ¿qué era morir?

—Eres tú ¡hermano! la muerte, la chispita queda de la nada. No te importo yo, ni los que caen, ni tu esposa, ni tus hijos. Me proteges sin quererlo, sin emoción. ¿Tuviste acaso hijos? ¡Oh Dios como me lacera tu soplo! Lloro, ¿sabes hermano? Lloro. Si tuviste hijos, vierto mis lágrimas de ternura por ellos, porque yo también ¡hermano! tengo hijos. El pequeñito se colgó esta tarde de mi brazo deteniéndome, sin dejarme partir. Pero yo estaba embebido de justicia y derecho y separé bruscamente su manita prieta de mi brazo. Escuché su llamado desde la distancia y aún hoy, en este instante, me resuena su voz en medio del estruendo. Pero me volví sordo a su tierno lamento, sordo al sollozo de mi esposa, a los ojos desorbitados de espanto de los otros, ya crecidos, que me miraron sin réplica, pero como mira Dios, preguntándome el por qué de mi locura, de este desborde mío de valor e indignación, como si me acusaran en esa mirada, el haberles hecho nacer. No lloré al verles ¿sabes?, me fuí sin despedirme, sin regresarles a mirar, como un coloso vengador que despreciara la ternura, para castigar la injusticia. ¡Hermano! ¿No se abrazó de tu cuello tu esposa gimiente? ¿No te suena su voz, el llanto de tus hijos? ¡Cómo fue posible que yo haya podido matarte! ¿Ves? Mi valor se derrumbó al mirar que caías sin respiro a mis pies. Mi valor ha quedado en esto: cobardía y miedo. Pero ¿sabes?, aquí quedamente, junto a tí, cerca a tu oído de hombre y de padre, te digo una verdad: lo hago por ellos, por el pequeño y los otros. Por aquella mirada de reclamo de mis hijos, por la impresión que aún guardo de la manita frágil llena de calor e inocencia. Por ellos ¡hermano! ¡Por ellos!

La fatiga me doblegaba. Mis pensamientos azuzaban los recuerdos. Tendido sobre las piedras, sentía imperiosos deseos de mover un dedo, de quitarme el témpano de sangre, que suspendido encima de mis labios, rozaba la piel del rostro en forma leve, produciéndome un escozor insufrible. Ya tenía adormecidos mis pies, los muslos, y esa sensación de miembros muertos en mis brazos y las manos. Me estremecía la idea de que podía moverlos involuntariamente y delatar mi presencia. Entonces si vendría la muer-

te en forma trivial y sencilla, y hoy más que nunca no quería morir. No, no podía, no debía morir.

Pero, ¿quién era yo para no desearlo? ¿Acaso no había matado? ¿No tenían derecho a hacer conmigo, lo que hice con él? ¿Quién era yo? Una migaja de pueblo en revuelta, un hombre cualquiera. Mi nombre: Juan Pérez a secas y había muchos Juan Pérez a quienes conocía, que nada tenían conmigo: Juan Pérez Luz, Juan Pérez Agua, Juan Pérez Tierra. ¡Señor! ¡Juan Pérez Nadie! Pero uno, uno más que se acurrucaba a tu Amparo, que clamaba a tu Poder que velaras por él.

—¡Dios! Tú me quedas como único amigo, y a pesar de ello, tengo miedo de Tí. He pecado contra tu quinto mandamiento. Tú ordenaste no matar y yo he matado. ¿Es que debes perdonarme? Si. Tienes que hacerlo. Has perdonado a millones de seres por mi misma culpa. En Tí Santo Nombre lo hicieron enarbolando sacrílegamente el estandarte de tu Cruz, el símbolo de tu martirio y al amparo de ellos, asesinaron sin piedad ni remordimiento, violaron e incendiaron. La tierra humeaba al paso de sus escuadrones. Gemía el aire en su torno. Se llamaron: Constantinos, Carlomagnos, Godofredos. ¿Tuvieron una causa justa? La mía lo es: ¡hambre Señor! Ellos arrasaron a sangre y fuego con el pretexto de imponer tu humildad, tu voz mesiánica. A su paso sacrificaron mujeres y niños, ancianos e inválidos. ¿Les has perdonado Señor? Entonces tengo esperanzas, porque siento en este momento, mas que nunca, que me has abandonado, que ya no existe tu protección y voy a morir. Está bien, voy a morir. Pero hago constar aquello ¡oh Dios!, a que tu juzgues. Yo maté un hombre en mi defensa, uno sólo, ellos destrozaron infieles a millares invocando tu dulzura y eran como hienas voraces, derramando la sangre a torrentes, de tus hijos, porque el que cree o no cree en Tí, es tu hijo Señor.

Mi conciencia debía sentirse humilde en ese momento y se volvía acusadora. ¿Por qué me rebelaba de esa manera? ¿Qué tenía yo que juzgar a Dios? Era el miedo, lo sabía, era el miedo.

Todo mi cuerpo estaba maltrecho. Si hubiese podido moverlo un instante...

Empezó a llover. Era triste ver llover desde el escondrijo donde reposaba. No me importaba que se humede-

ciesen mis vestidos. Tenía una esperanza en la lluvia: calmaría el fragor de la contienda. No. ¿Cómo podía razonar así? La bestia sanguinaria abandonaría sus rencores y huiría a su cubil a refugiarse. Pero era el hombre el que peleaba. ¿Cómo podía olvidar un odio por la lluvia? Sabía lo que ella era y no se arredraba. Además el hombre era inteligente a carta cabal. Su sed de venganza la llevaba enraizada en su espíritu. Tenía que matar pese al sol, a la noche, a la lluvia, al color de los árboles, al brillo de las estrellas.

Había pensado tanto y me sobrecojía de angustia esta actitud de cadáver que adoptaba. Se mojaban mis ropas, pero mas me dolía la inmovilidad insufrible a la que me hallaba condenado. Después de todo, simple y llanamente tuve hambre. Esa era la verdad. Llegaba a la casa con las manos vacías, porque no hallaba trabajo. Nadie miró como yo la pena honda que rondaba en los ojos de mi esposa. Su esbeltez de trigo se doblegaba en fatal resignación. Y luego los hijos, con sus brazos escuálidos, macilentos, sus miradas caídas sin destellos, sin otra esperanza que las arrugas de mi frente y casi mis sollozos, Les entreteníamos con historias o novedades, para no escuchar el quejido de sus vientres, para no escuchar esa acusación velada en sus ojos, ya sin fé en el padre, que traía las manos vacías. Les dormíamos en un lecho comunal, ese jergón de estera y cobijas, sin sábanas, donde se acurrucaban como una camada. Todo habíamos entregado a la usura, nada nos quedaba. Yo fuí honrado, eso si lo pregonó a gritos, fuí honrado a cabalidad. Tuve tentaciones y las vencí. Pude robar como lo hacía mi vecino, pude consentir que ella se prostituyera, igual a lo que hacía su amiga, que la incitaba al pecado. Yo no lo permití. ¡Señor! ¡escúchame! No lo permití. Quería seguir siendo un hombre limpio, un pobre paria hambriento, pero hombre de verdad. También tuve otras oportunidades. Aquella vez, los políticos llegaron hasta mi. Me hablaron de mis derechos conculcados, de un odio, de esta sociedad esclavista donde yo vivía embutido, de la explotación del trabajo, y de mil otras cosas que las comprendía como justas. Me hablaron de un futuro paraíso de libertad. Y sin embargo les dejé pasar, porque yo no podía entregarme a una labor de violenta disciplina, sin otro porvenir inmediato

que una débil esperanza. Tenía que buscar pan y para ese pan trabajo y mi tiempo era de urgencia constante. Nadie me hubiera soportado perdiendo mis horas, cuando el hambre atenazaba mi hogar. Me repudiaron. Me llenaron de epítetos que yo no comprendí bien, pero ninguno de ellos me dijo, en plan de convencimiento: voy a ayudarte, hallaré una ocupación para ti a que puedas vivir. No. Se mofaron de mi desgracia y les dejé pasar.

El hambre en verdad corroía. La miseria me cercaba, pero había que seguir en la lucha, buscando...

—¡Hermano! ¿Trotaste las calles golpeando a las puertas? ¿No te las cerraron de golpe o te miraron como a un ladrón en potencia, que atisbaba el terreno para atacar en una hora desaprensiva? ¿No te vieron con sospecha, insultándote con la mirada al reparar en tus ropas sucias, en tu barba crecida, en tus manos callosas?

Un día había, otro no. Y caminaba y buscaba y ansiaba hallar sin hallar.

—¡Señor! ¿No me viste desde el Sacramento donde reposas entrar a la Iglesia y avanzar hacia Tí? ¡Qué solemne y terrible era el silencio de tu templo! Yo sabía y aún creo que estabas presente, escondido, esperándome tal vez. Entraba confiado hacia Tu encuentro, lleno de veneración. ¡Cómo te hablaba Señor! No, no te hablaba, me quejaba ante Tí, confiado en tu indelimitado Poder. Yo envidiaba a los ministros de tu culto. Comían tarde y noche, sin preocuparse de buscar el pan. Dormían sin temor de vérselas cada mes con el casero, encargado de cobrar la pensión, vivían pensando en tu Omnipotencia, adorándote tranquilos, con una paz exterior envidiable. Y había algo más sublime, tenían el don sacrosanto de tomarte en sus manos, de reencarnarte a su sola voz en el gran Sacramento. Yo, allí, junto, tan junto a tu Presencia, te hubiera abierto mi corazón en sollozos y estoy seguro ¡oh Señor!, que al hablarte al oído, tan cerca, me hubieras escuchado. No es lo mismo ver millares de seres en el mundo en son de plegaria, que tenerte en mis manos, haber obrado por mi voz el milagro de reencarnarte, para hacer de Tí, un Dios vivo y presente.

La metralla barrió el horizonte y tuve la sensación de que tocó otra vez al cadáver que me protegía.

—¿Es que Señor, he dicho algo irreverente?

Remordí los labios porque pensé perder la cabeza y lanzarme fuera de mi refugio, en un acto desesperado, sin temor alguno a la muerte, en una crisis nerviosa de angustia. Apreté, o al menos intenté hacerlo, con las manos rígidas e insensibles, los adoquines ensangrentados. La lluvia había concluído y un reguero de agua rojiza lamía el pavimento. Permanecí en tensión, sofrenando mi terror. Alguien avanzaba. El eco de los pasos redoblaba en la tierra y la fusilería volvió a hacerse insuficiente.

—¿Amigos o enemigos? Hombres como yo, como tú hermano muerto. ¿Escuchas? Tengo que permanecer rígido y sin embargo tiemblo.

Entreabrí los ojos lentamente. Era el mismo paisaje envuelto en la tarde. Mi corazón golpeaba desatado.

—¿Ves aquello? ¿Por qué matar a los árboles? Una humilde rama quedó troncada. Se está aún balanceando, moviendo como un gran abanico su rebaño de hojas. Se aferra con su mínima epidermis aunque su destino ya está marcado. Debe escurrir su savia blanca por las estomas abiertas. También es una sangre cálida, como fue la tuya, como aún es la mía.

Cómo deseaba que este hombre estuviese vivo para consolarme con su presencia. Hubiera platicado tranquilamente, con calma, lejos del odio, sosegados los nervios y tal vez hubiésemos llegado a justas conclusiones. Sabría su nombre. La razón de su lucha; de sus sueños, del por qué de su presencia en la batalla.

—¿Cómo te llamabas? ¿Acaso Juan Pérez como yo? Si, es posible. Tu nombre debió ser Juan Pérez, tienes las manos obscuras, toscas, la camisa llena de sudor y mugre, con el mismo olor que la mía. No puedes llamarte de otra manera, ¡hermano! Tú eres también Juan Pérez. Tal vez fuimos vecinos o perteneciste al mismo arrabal putrefacto en el que yo vivía. ¿Lo recuerdas? No teníamos luz, y el agua recogíamos de un grifo comunal. ¿Recuerdas la vez que se inundaron nuestras casas? ¡Nuestras casas! Mentira, ¡hermano!, no eran nuestras. Pagábamos el arriendo por un cuartucho infecto, sin ventanas, donde dormíamos, donde comíamos, donde nuestras mujeres cocinaban. Había lodo en las calles o polvo, según las épocas, y el arroyo constantemente sucio de inmundicias, revoloteado de moscas y desechos. Tú debiste vivir en mi barrio. Nos

conocemos por el olfato. ¡Juan Pérez! ¡Hermano! Yo te identifico conmigo. ¡Buenas tardes vecino muerto!

Agucé el oído por ver si contestaba, a tanto pensamiento mío dirigido a él.

—¿Recuerdas aquél incendio? Todo el arrabal bajó a mirarlo. Eran las casas humildes de conocidos nuestros. Las gentes apelmazadas en ellas, sacaban como locas sus miserables enseres. Lloraban los niños aterrados y la muchedumbre se condolía a gritos. Pero todos pusimos nuestro empeño en ayudarles. No hubo mandato alguno, eran las moradas de vecinos a quienes les cayó la desgracia y nos sentíamos obligados a protegerles. ¿Sabes? Aquella noche me determiné a la acción. Nació algo desconocido. Vino como una lucecita tenue mirada a la distancia en una noche, titilante como una estrella, y fue creciendo, enroscándose, lastimando mi serenidad, hasta volverse un túnel crispado de sombras, violento, explosivo, sin traspiés. No se detenía, era ya una exclamación de protesta en mi sangre hirviente, enervada al fin de principios, era mi conciencia lanzando su voz de inconformidad y rebeldía. No fue al azar, ni porque me había vuelto loco de pronto. Tuvo su razón, quizás para muchos sin valor, para mi de peso, tan de peso que fue suficiente para trastornar mi vida y reclamar mis derechos. Las casas ardían, al mismo tiempo ¡hermano!, allá, encima nuestro, en el barrio aristocrático, a pocas cuadras, arriba en las lomas, en uno de esos palacios de mármoles y guardas uniformados, la gente que mandaba al País, se alegraba entre risas, comidas opíparas y danzas. Escuchábamos los ecos de la orquesta, mientras nuestros vecinos en desgracia gemían. Mirábamos brillar los ventanales como soles, entanto nuestros rostros se hallaban rojos de llamaradas y sudor, dejando sorprender en ellos nuestras lágrimas. Arriba en el palacio, seguía la música, la luz, las siluetas de sombras fantasmales de **soirée** y **smoking**, que salían a las terrazas, apoyándose en los antepechos, a solazarse en el espectáculo de las llamas, del humo negro, de la trisca y los quejidos, como si todo esto, fuese parte de su fiesta. No hubo mas. Mis ojos iban del palacio al fuego, de la música a los lamentos y empecé entonces a sentir algo extraño, un resentimiento leve, que fue creciendo, luego una protesta y de pronto odio, odio, ¡hermano!, lo que nunca había tenido antes, un odio desatado

que me daba muchas razones escondidas, que habían permanecido veladas, ocultas en mi alma. No ¡hermano! eso no era justo, no podía serlo. Pensé en Dios y él me dio también la razón. Descubrí entonces que en todo hombre había un destino y el mío llegó esa noche a mis manos.

Una voz extraña, se acercó a mis oídos.

—¿Eres tú el que me habla?

Empezaron a aproximarse unos pasos relucientes en este aullido infernal. Tenía que apretarme, estar mas quieto que antes. Sentí la muerte próxima. Mas que nunca retuve la respiración en mi cuerpo congelado de lluvia y de frío. El enemigo estaba a poca distancia. Eran mas sonoros sus pasos y comprendí que transportaban a los heridos, porque sus ayes taladrantes se desolvían a lo lejos.

Ya no existía mas espera para mi. En ese instante, como el condenado a muerte, el mundo terminaba en forma brutal, de golpe, sin respiro. Ya no mas sol, ni mas lluvias, ni mas ternura, ni mas odio, ni mas tormento de batalla en mis ojos amedrentados, ni mas temor en mi conciencia. Fin para mi desesperante lucha de asirme a la vida. Había llegado el momento que tanto temía, la hora de ir hacia las sombras, hacia la eternidad. ¿Es algo la eternidad? ¿Nada? El sueño sin despierta. Algo mas inexplicable que esa nada.

Los pasos siguieron acentuándose más y más. Se multiplicaban las voces, era una maraña de susurros, de movimientos sigilosos, de astucias felinas. Había que matar para no morir. Así lo hice y hasta ese instante tenía razón.

—Tú caíste sin conciencia de tu muerte, mientras yo siento el infierno de su próxima llegada. Injusta tu posición frente a la mía. ¿Verdad? ¿Pero qué es lo justo? La naturaleza no entiende ese concepto. Todo es lucha eterna, interminable. Devora la bestia a la bestia para subsistir, desde el principio de los siglos, desde la célula. Y aún el hombre que se alzó en mente diáfana con su mandamiento laico de derechos, se desangró en los siglos por implantarlo. Te he matado por ello, creo, para erigir una piedrecilla en el muro de esta conquista. Pero hay otros hombres que no nos entienden, que nos asesinan para mantener estancado estos principios. ¿Para qué vivir entonces? Mi vida y mi muerte se acoplan en un mismo destino: la inutilidad. Sí hermano, ya no tengo razón ni derecho a se-

guir en esta locura. Se impone el más fuerte, el más canalla, el que tiene mejores armas, el que dispara con más certeza, frente al derecho de la frágil conciencia. ¡Hermano! ¡Juan Pérez! Te agradezco tu amparo. Voy hacia tí ya sin miedo, sereno a tu encuentro.

Yo era un desecho espiritual, y la vorágine del terror, hacía que mis pensamientos pasasen en torbellino. Había discutido tanto conmigo mismo, que el cerebro lo sentía vacío, impreciso. Aún la conciencia de mi actitud, de este hecho de reposar bajo un cadáver, era vaga, indelimitada. ¿Pudo darse un caso tan tremendo como el mío? Cuántos semejantes. La humanidad venía luchando desde tiempos inmemoriales. Y luego su historia, ¿acaso no traía ensangrentadas cada página, cada renglón, cada letra? Desde el primero hasta el último episodio no constituían sino relatos épicos de batallas, de odios, de traiciones, de conquistas con héroes de ocasión, bañados en sangre. ¡Héroes! Para mi, ¡putrefacta memoria de héroes! ¡Héroes, un Faraón cualquiera, un César, un Alejandro, un Atila, los reyes y los zares, los khan, los emperadores! Héroes erigidos sobre millones de cadáveres, sobre lágrimas, sobre pueblos aniquilados. ¡Héroes! ¡Vergüenza de la humanidad, blasfemia ante Dios!

No, hermano, no se puede sentir decencia ante tanto crimen erigido en estatuas y arcos triunfales. No se puede sentir decencia de hombre, mientras el alma permanezca enfangada en una tradición de muerte y exterminio, con aureolas de crimen. ¡Mentira que Dios bendice los cañones, mentira que Dios protege y dá la victoria en las batallas, mentira que se le glorifica en los Te Deum de gracias, en los Hosannas y Alleluyas, es mentira, es patraña y es un sacrilegio ensuciar su Nombre, con la podredumbre del espíritu embarrado en tanta miseria y orgullo!

En ese instante me sentí más miserable que nunca. ¡Qué vergüenza de ser hombre! Ya no tenía reparos en entregar mi vida y el miedo se me había desvanecido.

Ya no sabía que pensar. ¿Qué me importaban los héroes? Yo era un cobarde integral, talvez un humanista, como lógico resultado de mi miedo a morir. Era curioso que a veces en ese ambiente de tensión en que me hallaba, se me ocurrieran cosas disímiles, tan lejanas y fuera de tono de mi realidad, recuerdos olvidados por años, que brotaban

florecientes, con calidades brillantes y aún mas, llenos de detalles, como si fuese ayer que los hubiera vivido.

De pronto me embebía en ellos y dejaba pasar sus imágenes e instantes que se alargaban en el tiempo, dándome la impresión de largas horas transcurridas. Olvidaba mi actitud, mi apremio, mi angustia. Pero todas las reminiscencias eran amargas, sin gozo alguno, golpeando con sus imágenes mi trance desesperado. Por ejemplo, recordaba el día aquél en el cual miré a una joven ebria, acorralar contra el muro a su madre vieja y golpearle hasta sangrar. Los gritos de la anciana danzaban patéticos en mis oídos. Y aquella otra ocasión que descubrí a un niño ciego de cinco años apenas, pequeñito y dulce como un querube, tropezar aquí y allá y sonreír con doloroso encanto, como si su tormento no le importase. ¡Alba descalzo, vestido de harapos y hablaba consigo mismo, con las cosas, con su mundo de sombras, en su lengua infantil de ceceo, estropeando graciosamente las palabras. Y venían mil cosas mas, frente a las cuales mi sufrimiento se empequeñecía, mi suplicio casi era una simple broma. No. Nada me había dado la vida, porque aún la ternura de un amor, la alegría de los hijos, me depararon mas desesperación que placidez y dicha.

Alguien saltó sobre el cadáver que me protegía y avanzó sin preocuparse de mí. ¿Es que estaba muerto? ¿Es que no me observaban respirar? Abrí los ojos quedamente. Eran ellos, los soldados, brincando a mi torno, parapetándose tras los árboles de la Avenida, disparando, atrincherándose en nuevas posiciones, matando siempre. Yo quedaba atrás. Vendrían por mí a recogerme como un muerto cualquiera, como a uno mas y serían ellos, mis enemigos.

—¡Hermano! Ya tienes manos caritativas que lleven tu cuerpo y te den la sepultura cristiana que necesitas. Son los tuyos los que vencen, los soldados...

De pronto me estremecí. Se abrió mi mente, como una ventana al entendimiento y me quedé en suspenso, pensando... ¿Los soldados dije? ¿Era verdad?

—Pero tú no eres un soldado hermano. Tú eres Juan Pérez como yo, un civil como yo, un obrero como yo. Aquí está tu mano dura de trabajo ante mis ojos, tu sangre púrpura de hombre cualquiera, tus vestidos sucios y raídos como los míos. ¿Cómo fue posible? Tú, mi colega, Juan Pé-

rez. ¿Cómo pudiste estar con ellos, que te pertenecieras a los hombres que ellos representan? ¿A los que te explotaron siempre, a los que te patearon siempre, que te insultaron como a rata inmunda? ¿A estos que han olvidado la hermandad de Cristo y nos niegan la limosna de un derecho a la vida, que nos asesinan porque pedimos pan y trabajo, porque reclamamos la mínima libertad de no morirnos de hambre? ¿Eres entonces un traidor? Si. Eso eres. Bien hice ¡Dios Santo! en matarte. Traicionaste el llanto de mis hijos y los tuyos, el llanto de un arrabal obrero, la voz divina de un pueblo que cansado de suplicar, exigía con la violencia respetasen sus derechos. No, bien lo sabías tú, esto no era simple algarada, ni política, ni gritos de partidos, esto era la insurrección desnuda del hambre, ¡la revolución de los humildes! ¡Hambre! ¡Hambre! A tí no te sonó ese grito. Sin duda vendiste a tus compañeros olvidando tu condición, para llenar tu mano de migajas. Si. Eres una bazofia, eso eres, un desleal desertor. ¡Yo te maldigo mercader de tus hermanos! Ya no te llamas para mi Juan Pérez, eres el desecho de la inmundicia, de la conciencia emporcada: ¡Juan Ruindad! ¡Juan Traidor! ¡Juan Felón!

Y traté de mover las manos en un impulso de desprecio a su refugio, deseoso de levantarme y gritar y morir con mi grito desplegado en la garganta. Pero en ese instante alguien se escudó tras el cadáver y afianzando su rifle sobre él, empezó a disparar. Entreabrí nuevamente los ojos y miré encima, el cañón del arma que vomitaba su fuego. Tuve el intento de levantar el brazo y asirlo para salvar en un arranque desesperado, las vidas que segaría. Pero mis manos insensibles, por largo tiempo inmovilizadas, no respondieron a mi intención. El soldado rastrillaba disparando sin descanso. De pronto, en un esfuerzo moví mis dedos ¡qué torpes estaban mis dedos! El soldado sin duda se detuvo a observarme, porque su arma no volvió a detonar. Debió permanecer un instante indeciso, luego, con voz seca, casi ahogada, me lanzó su consigna.

No le repuse, ya mi cuerpo latía como un mazo. Ya podía moverlo mejor. Ví entonces que levantaba el cañón del rifle, afinando su puntería sobre mi cuerpo para matarme. Había llegado el momento pese a mi tesonero esfuerzo por vivir. Ya no tenía escape. No pensé en rezar, ni en mis hijos, ni en nada especial. Se me nubló la concien-

cia y como una oveja dispuesta al sacrificio, esperé tranquilo. De pronto recordé toda la lucha. Recordé el barrio, las casas incendiadas, las terrazas iluminadas y la música, las lágrimas de mi esposa, el reclamo de mis hijos y alcé el brazo adolorido, aún no muy sensible, y traté de asir el cañón del arma que me apuntaba. . . ¡Dios!, ¡Tú eres grande y más grande es tu Poder! Súbitamente el soldado soltó el rifle que rodando sobre mi espalda se detuvo junto a mis manos y sentí el golpe de su cuerpo doblegarse sobre el cadáver que me protegía. Permaneció quieto, sin respiro, detenido el corazón. Un reguero de sangre fresca empapó mis ropas. Fue un torrente en latidos, aborbotonado, humeante y cálido. Al sentirle abatido, tuve la sensación que mis músculos se relajaban y fatigado del esfuerzo, perdí el conocimiento.

§



Ignoro el tiempo que pasé sin conciencia. Cuando desperté y entreabrí los ojos, me sentí desorientado, extraño al sitio, a mi situación. El sol casi había desaparecido y un manto de penumbra lamía las cosas. La fusilería se opacaba a la distancia y su eco venía perdido en forma esporádica. Escuché en cambio por el lado de la Avenida, un tropel de protestas y voces que llegaban en oleadas. Sobre mí permanecía aún el hombre que yo había muerto y caído sobre él, de bruces, el cadáver del soldado. Su sangre manchaba mis ropas, los adoquines, con tintes escarlatas. El fusil yacía cerca a mis manos, junto a un panorama de calma inexplicable.

Permanecí intranquilo aguzando el oído por entender algo, temeroso de moverme. La noche me sería favorable para huir y pensé en esperar inmóvil la oportunidad para hacerlo. Bendije a Dios que me diera este respiro, la larga inconciencia en que permanecí sin escuchar ni ver.

Nada se agitaba en mi derredor, sólo el vocerío venía con insistencia. Empecé a mover mis pies entumecidos de frío, hormigueantes aún y poco a poco sentí que la sangre volvía a circular por ellos, luego los dedos, las manos, los brazos, sin importarme el dolor que me producían. Traté de respirar con cautela, con ansiedad, mas precipitadamente y al fin voraz, con hartazgo, saciando mis largas horas

de martirio. Si, respiraba y vivía. Poco a poco, aún con temor, fui retirando la cabeza apretada contra las piedras, escurriéndome pausadamente con todo mi cuerpo reptante, para liberarme del peso de los hombres que me aprisionaban. A cada movimiento se inclinaba el túmulo yerto, helado. Arañé contra las aristas de los adoquines mi cara insensible al dolor y pude desembarazarme, sentirme libre de la mole oprimiente. Permanecí quieto, escuchando. Nada, nada de estruendos, ni ruidos de batalla, sólo el vocerío aquel que se hacía mas luminoso, mas expresivo. Revolví la cabeza, pero un dolor agudo hincó sus garras en mi cuello. Me detuve otra vez y lentamente fui ensayando en girarla a un lado y otro. Alcê el cuerpo apoyándome en las manos para observar tanto silencio extraño. La Avenida estaba casi desierta.... Sombras perdidas deambulaban entre los árboles buscando los cadáveres sembrados. Ni una ráfaga de metralla, ni una bala perdida con su perfil sibilante, nada, nada. ¿Es que había terminado la revuelta? Me arrodillé para observar mejor y sentí de pronto un alivio que me llevaba al desmayo. Caí de espaldas sobre la masa de muerte que hacía el soldado y el otro y me puse a llorar sin poder contenerme.

Una lasitud envolvió mi espíritu, un deseo de quietud, de permanencia. Al cabo de un rato largo, me senté junto a los cadáveres a mirarles en sus detalles. Caído de frente, ocultando su rostro, estaba el hombre que me había protegido, en la misma actitud que le ví, el momento en que mi arma le abatió. Sobre él, doblegado como un fardo, reposaba de bruces, el cuerpo del soldado, atravesada su garganta, con la sangre en masas rojas, rodando por la tierra. A mis pies permanecía aún el fusil, frío como la muerte que él deparaba. Lo cogí maquinalmente por verlo, por observarlo, y me entretuve, rastrillándolo como un juguete.

Ya cercana avanzaba una informe muralla de hombres con banderolas y carteles, con exclamaciones desbordadas de triunfo, llenando la Avenida. Si, eran los míos, los nuestros, hombres civiles sin soldados que los matasen. Las lágrimas volvieron a rodar de emoción y acanallaron mas mi actitud de cobarde. De pronto, sin que me diese perfecta cuenta, me ví rodeado por la muchedumbre que se había detenido a mi lado. Me miré en el vórtice de esa marejada de ojos atisbantes, que me contemplaban extra-

ñados. Tuve nuevamente miedo. Creí escuchar su rencor, el grito que esperaba de ellos: ¡es un cobarde! Pero no, nadie habló en esa forma, nadie me dijo cobarde. Me rodearon al son de sus vivas y sus voces de triunfo. Alguien me asió del brazo y me puso de pies. Me tambaleé como un ebrio, lívido de terror y de asombro. Yo mantenía el fusil maquinalmente apretado contra mi cuerpo, y de pronto, como un eco, escuché una voz, un clamor, una demanda, un vocerío:

- ¡Es de los nuestros!
- ¡Ha peleado como un hombre!
- ¡Ha bebido la sangre de nuestros enemigos!
- ¡Les ha matado!
- ¡Es un héroe!

Reaccioné entonces, porque no quería que hiciesen escarnio de mí y empecé a tratar de pronunciar una serie de palabras, que se me ocurrían en ese momento.

—¡Mentira! —quise decir— ¡mentira!, yo no soy un héroe, no traigo espada brillante ni botas limpias, ni corona de oliva en la cabeza, ni pendones. Yo soy un cobarde, me acurruqué aquí, aquí, bajo este cadáver. Yo soy Juan Pérez, Juan Nadie.

Pero ellos no me dejaron hablar, me apretujaron, felices en su alegría me abrazaban efusivos, casi peleándose unos a otros por estrecharme las manos, palmotearme la espalda, llevándome de un lado a otro en su gran alborozo. Los vítores fueron multiplicándose por toda la masa compacta. Venían otros a conocerme, a palparme, sonriéndome agradecidos de mi supuesta heroicidad, como si hubiesen sido los amigos de toda una vida.

- ¡Es nuestro héroe!
- ¡Es nuestro héroe!

Y me levantaron en vilo y me subieron sobre sus hombros, llevándome como una bandera, como un símbolo, al frente del desfile, enloquecidos de fervor, borrachos de triunfo, mientras yo, aferrado al fusil, empecé a avergonzarme, a mirarles con miedo, porque tenía la impresión que se burlaban de mí. Pero no, no se mofaban. Sus voces eran claras, ardientes, espontáneas, alegres y resueltas.

- ¡Es un héroe!
- ¡Es un héroe!

Y entonces sentí algo extraño en mi cerebro. Rodaron las lágrimas incontenibles por mis mejillas, mientras sin desearlo, empecé a sonreír. Y me puse a reír suavemente, ¡qué ridículo estaba!, yo no lo quería y reía, reía con mas impulso, a borbotones, en carcajadas, como si cada estallido de risa fuese un sollozo, sin respiro, fuerte, más fuerte, incontrolable, en forma tan sonora y tan brutal, que se borraron de golpe en mi mente, todos los recuerdos.

Aún escuché algo, como si una sombra me hablase al oído.

—Está loco.

Nada mas supe de mí.

Noviembre, 17 de 1959.

